

parcida antes de nuestra llegada, y las mas recientes que les llevamos nosotros de que el enemigo no dormia, inspiraron temores de su inmediata aproximacion. Consiguientemente juzgóse que no debia perderse momento, y que los navíos de la compañía surtos en la bahía de Tabla debian, al instante, ampararse en la de Saldaña, donde estarian mas á cubierto de las exploraciones de los ingleses. Trasmitióse esta orden á todos los capitanes, y como me pareciese favorable á la consecucion de mis proyectos, decidí partir con la escuadra. Mr. Vangenep, que mandaba el Midelburg, me guardó la atencion de ofrecerme un cómodo alojamiento á bordo, al mismo tiempo que me facilitó cuanto podia serme indispensable para ocuparme formalmente y con fruto en las investigaciones que meditaba cuando estuviéramos en la bahía. Aceptadas sus atenciones y embarcado mi equipage, nos hicimos á la vela el 40 de mayo acompañados de cuatro buques de la compañía; á la mañana siguiente anclamos en Saldaña.

Algunos dias despues de mi llegada, me propuso el comandante del puerto cazar con él; al dia siguiente nos pusimos efectivamente en camino, y aunque vimos mucha caza, no conseguimos tener á tiro ninguna pieza. Al declinar el dia nos habíamos separado casualmente; y la suerte pareció complacerse en familiarizarme de pronto con los peligros que de tan lejos venia á buscar, proporcionándome ocasion inesperada de recibir una leccion capaz de imponer á cualquiera. Los disparos que hacia de cuando en cuando despertaron una cabritilla montés, tras la que dió á correr un perro hasta llegar á un espeso matorral, al rededor del cual daba vueltas aullando sin cesar. Pensé que la cabritilla se habia refugiado en aquella espesura, y me dirigí apresuradamente con intento de matarla; mi voz y mi presencia escitaron extraordinariamente el anhelo de mi perro. A cada momento esperaba que saltase el animalejo, hasta que cansado de que no pareciese, penetré yo mismo en el matorral, procurando apartar con mi escopeta las ramas que me estorba-

ban el paso. Cuanto pudiera decir seria pálido color para expresar el asombro y terror que me sobrecogió al encontrarme frente á frente con una enorme y furiosa pantera. Su ademán desde que me divisó, sus pupilas encendidas y clavadas en mí, su cuello tendido horizontalmente, sus mandíbulas entreabiertas y el sordo gruñido que dejaba escapar, parecían anunciar mi destruccion: yo me creí devorado. A la tranquilidad de mi perro debí mi salvacion; su presencia mantenía la fiera en jaque, haciéndola titubear entre el furor y el miedo, coyuntura que aproveché para retroceder poco á poco hasta el perímetro de la espesura, y cuyo movimiento siguió admirablemente el perro, siempre á mi lado, como decidido á perecer conmigo. Salí á la llanura y enderecé por el camino del puerto lo mas de prisa que me fué posible, y volviendo á mirar atrás de cuando en cuando. A lo lejos percibí disparos de escopeta, y aunque juzgué que serian llamadas de mi camarada, como iba entrando la noche no me tentó el deseo de buscarle, y le dejé tirar á su gusto; por fin, aunque en hora avanzada, nos reunimos, siendo su sorpresa por encontrarme sano y salvo igual á su alegría, pues me confesó que los aullidos de mi perro le habian hecho pensar si tendria que habérmelas con algun tigre ó alguna hiena, y que como no contestase á sus disparos, habia temido por mi vida. La relacion de esta aventura nos dió mucho que reir, si bien lo que me informaron debia hacer en trance tal, me hizo sentir no haber disparado sobre la fiera, aunque tambien es preciso tener en cuenta que era la primera vez que me contemplaba frente á una fiera, y que por lo tanto ignoraba completamente como se gastaban con las panteras. De este modo empleaba mis ócios preparándome á peligros de mas consideracion.

Frecuentemente dirigíamos nuestros pasos en busca de caza á la isla de los Carneros, y estuvimos á dos dedos de la muerte en una de estas escursiones que hasta entonces nos habia proporcionado tan solo momentos de distraccion. De pron-

to apareció al lado de nuestra lancha un cachalote (1) que nos hizo estremecer, ocasionando tal temor á nuestros marineros, que casi todos se arrojaron al agua, por no verse dentro de la lancha en el trance casi infalible de que zozobrará y la sumergiera bajo su enorme peso; pero por fortuna el patron que gobernaba el timon, viró de bordo con tanta destreza que apartó instantáneamente la lancha de la inmediacion del mónstruo. Doce pies lo menos se habia erguido fuera de la superficie, y al hundirse en el agua, nos roció abundantemente y sacudió nuestra lancha, de modo que nos puso en trance de ir pique. Fuerza es confesar que sin la presencia de ánimo del patron ninguno hubiéramos escapado de la muerte.

El cachalote tiene generalmente de sesenta á ochenta pies de largo, y algunos hay mayores: suele enderezarse hasta la mitad de su longitud fuera de la superficie del agua, y cuando despues se sumerge esta pesada masa produce con su caída un ruido muy análogo al de un cañonazo.

Una tarde estábamos comiendo, cuando nuestro barco esperimentó un choque tan estraordinario que puso en alarma la tripulacion, y nos hizo levantar precipitadamente de la mesa para enterarnos de la causa que la producía. Vangenep pensó que tal vez se habrian soltado las anclas, y que deslizado el barco chocaba en algun pico de roca; pero al observar por la posicion de los otros buques que no habíamos cambiado de lugar, redobló la inquietud por juzgar que era debido á otra causa. Por fin, divisamos un cachalote que al pasar se habia sumergido entre dos de nuestros cables que se cruzaban, y como quedase enganchado en ellos la cola, habia sacudido y sacudia aun nuestro barco los esfuerzos furiosos que hacia por des-

(1) Animal perteneciente al género fisitero, cuyas numerosas especies son aun muy poco conocidas. Los cachalotes son mamíferos, de la tribu de los cetáceos; como todos los animales de esta familia, tienen organizacion de cuadrúpedos, y no son pescados como se cree generalmente. Son mamíferos organizados para vivir esclusivamente en el agua.

prenderse. Al punto botaron al agua las lanchas y se armó la gente de harpones, pero por desgracia retardó la oscuridad de la noche la maniobra, dando tiempo para que desapareciera á la aproximacion de las lanchas. Su fuga ocasionó sentimiento en todos, pero mas particularmente á mí, que no cesé de deplorarlo hasta el momento en que mas tarde la casualidad puso uno á mi disposicion. Pasado el peligro tornamos á la mesa, y como una mentida alarma es presagio de viva alegría, tuvimos despues un rato agradable al referirnos recíprocamente las diferentes impresiones que nos habia hecho experimentar el temor.

En aquella ocasion la rapidez de las órdenes y la vigilancia de Vangenep, era seguro indicio de que habia experimentado inquietud, si bien no la habia dejado traslucir; lo que muestra que conocia que la sangre fria del gefe embota el peligro y da ánimo á los demas, en tanto que la consternacion se apodera de todos cuando la tripulacion lee escrito el temor en la frente de su capitán.

A la entrada de la bahía de Saldaña se descubre una isla pequeña llamada isla de las Marmotas. Una tradicion general entre los viageros me enteró de que un navio danés contrariado por los vientos, habia venido á guarecerse á esta bahía, y que al cabo de alguna estacion habia muerto el capitán, y su tripulacion lo habia enterrado en aquella isla dedicándole una sencilla sepultura.

Siempre que de regreso al Scháapen-Eyland pasaba á la altura de esta isla, heria mi oido un rumor sordo que tenia algo de imponente, y de lo cual hablé al capitán. Este por su parte, convino en que por poco gusto que tuviera yo en ello bajaríamos un dia, pues estaba deseoso tambien de examinar la tumba del danés. Desde por la mañana espidió sus órdenes y partimos.

A medida que nos acercábamos, escitaba mas nuestra curiosidad aquel ruido cuya causa no adivinábamos, al que se

agregaba el de las olas que se estrellaban contra las rocas. Por fin llegamos, y escalando la roca con mucha pena, montamos en la esplanada, desde la que disfrutamos de un espectáculo de los mas estraños que pueden presentarse á los ojos de un mortal. De improviso se levantó de la superficie de la isla una nube impenetrable que formaba á cuarenta pies sobre nuestras cabezas una bóveda inmensa, ó mas bien un cielo de pájaros de todas especies y de todos colores. A juzgar por la variedad de especies que divisábamos, era de presumir que estaba allí congregado todo el pueblo alado que guarnece esta parte de Africa. Para atenuar el efecto desagradable de sus graznidos, me veia en la precision de taparme los oidos á fin de poderme dar cuenta de mí mismo.

La alarma que ocasionamos á aquellas innumerables legiones, fué tanto mas viva, cuanto que llegamos en ocasion en que las hembras estaban cluecas ó alimentaban sus polluelos, y que por lo mismo tenian por decirlo asi, objetos que defender, y por los cuales se ensañaban contra nosotros; nada era capaz de disipar aquella nube; los repetidos disparos de nuestras escopetas no los asustaban, y no pudimos dar un paso sin aplastar huevos ó polluelos de que estaba cubierta toda la superficie. Las cavernas y las hendiduras de las rocas se veian habitadas por focas y monos: tambien hallamos allí muchos leones marinos, y tuvimos la dicha de matar uno que era monstruoso.

Los intersticios de las rocas servian de retirada á los mancos, que se distinguen de todas las demas especies. Este pájaro de cerca de dos pies de altura, se mantiene perpendicularmente sobre las patas, lo que le da un aire de gravedad tanto mas ridículo quanto que sus alas, desprovistas totalmente de pennas no le sirven sino para nadar, siéndole enteramente inútiles para volar. A medida que nos acercábamos al mausoleo, era mas compacta la masa de aquellos pájaros, que no se incomodaban en manera alguna por nuestro tránsito, rodeando particularmente la

sepultura, cuyas avenidas parecían defender. La naturaleza había provisto, la sencilla sepultura del capitán danés, de lo que la imaginación de un poeta va á buscar tan lejos, y de lo que á mas costa ejecuta el escoplo de nuestros artistas. El tetrico buho mejor esculpido no tiene el aire siniestro y mortuorio del manco. Los gritos lúgubres de este animal, mezclados á los gritos de las focas, imprimían yo no sé qué opresión en el alma que disponía al entristecimiento. Fijé mi mirada sobre aquel último asilo de un desgraciado viagero, y tributé un suspiro á sus manes; en lo demás se conocía que estaba erigido el monumento á toda prisa, y por lo tanto nada ofrecía de notable; componíase de un rectángulo de tres pies de altura, construido en seco con fragmentos de roca de que está rodeada la isla; hubiera deseado examinar el interior de la tumba, porque presumía que con el triste despojo del capitán, se guardaría la historia de su muerte ó algun indicio sobre su familia y su patria. Si hubiese estado solo, me hubiera determinado á turbar el reposo de sus cenizas; pero con marinos holandeses era preciso guardarse siquiera de proponerlo. Entre ellos se conserva hasta el escrúpulo el respeto hácia los muertos, y si hubiera osado poner la mano en aquella sepultura, me hubieran atribuido supersticiosamente ser causa de cualquiera accidente que les pudiera ocurrir en el navío; así, lo mas prudente me pareció callar por entonces, reservándome el derecho de volver á ella en otra ocasión.

Cargamos la lancha con ejemplares de todas las especies de animales que hubimos á mano, al paso que los marineros acopiaron una prodigiosa cantidad de huevos que nos abastecieron para muchos dias de un alimento esquisito para nosotros, porque interrumpía la semejanza de las comidas que se hacen á bordo.

Apenas hacia tres meses que estábamos de estación en la bahía, y en este tiempo había recorrido sus contornos y me había dedicado con tal afán de mi propósito, que á pesar de tan

breve espacio de tiempo era poseedor ya de una coleccion considerable y preciosa de pájaros, conchas, insectos, madreporas etc., pero de todo este fruto de mi trabajo, de mis investigaciones y de mis penosas escursiones, me privó un acontecimiento funesto.

Recibimos por tierra un parte del gobernador informándonos de que se aguardaba por momentos otra escuadra francesa, y al mismo tiempo se nos prevenia que partiese sin demora para su destino á Ceilan, el Held-Woltemaade, el mismo que me habia conducido de Europa. El pobre capitán S\* V\*\*, se dió á la vela en los primeros dias del mes de agosto. ¡La fatalidad parecia perseguirme con este navío! Debía estar escrito en el libro de los destinos que no desapareceria hasta despues de haberme arruinado, y al recordar nuestro ridiculo combate con el corsario no me era difícil presentir que el Held-Woltemaade seria apresado por los ingleses tan pronto como divisado, y así fué en efecto. Apenas se habia puesto en marcha cuando pacificamente se apoderó de él la escuadra del comodoro Jonston. Esta presa causó nuestra desgracia, pues instruido por la cobarde indiscrecion de la tripulacion, se dirigió Jonston directamente á nosotros presentándose en la entrada de la bahía con pabellon francés. Primeramente se pensó que era la escuadra aliada que se nos habia anunciado, pero un buque que precedia habia enarbolado pabellon inglés y nos envió una andanada á la que siguió otra de los demas buques. No quedaba otro recurso que cortar los cables y que fueran á pique los barcos porque el número hacia inútil la resistencia; pero en vez de esto cundió el desórden y la confusion por todas partes, abandonados los navíos y buscando cada cual su salvacion en la fuga despues de entregarse al pillage. Mi capitán prendió fuego al suyo, pero á los demas llegaron los ingleses bastante á tiempo para estorbar que ardiesen ó fueran á pique. El temor de ser muertos ó apresados por el enemigo, precipitó los marineros á tierra, pero la travesía hasta la ciudad por un arenal de

veinte leguas, los desanimó extraordinariamente; aquellos miserables caminaban cargados con una multitud de efectos que tuvieron que abandonar en el tránsito. Desgraciadamente á esta sazón me hallaba cazando; el rumor de los cañonazos llegó á mis oídos, y fijándome en la idea, muy natural, de que la escuadra practicaba algun simulacro, apresuré el paso en la esperanza de presenciarlo; mas ¡qué espectáculo se ofreció á mi vista! El *Mildeburg* volaba, y la mar y los aires se poblaron con sus encendidos despojos. Llegué á tiempo de considerar la desgracia de ver como ganaban la media region y se resolvian en humo mis colecciones, mi fortuna y mis proyectos.

Cuando todo lo creí perdido, me acordé de que tal vez un colono, á quien habia visto muchas veces en mis correrías, querria acogerme hasta que recibiese socorros de mi familia en Europa. Me dirigí, pues, á su solitaria morada en demanda de hospitalidad, y el sensible Slaber me recibió en sus brazos, presentándome en seguida á su familia. Al dia siguiente, á imitacion de la incansable golondrina, cuando sin compasion se la destruye el nido, volví tristemente al a, b, c, de mi colleccion.

Algunos dias despues tuvimos noticias del Cabo; todos los capitanes habian sido exonerados; solo Vangenep conservaba su empleo por haber prendido fuego á su barco, accion muy bella, pero que me habia arruinado para siempre. El fué el único capitan que formalmente se ocupó desde su entrada en la bahía en los preparativos indispensables para el caso de ejecutar las instrucciones terminantes que se habian dado á todos. Nosotros nos habíamos provisionado de toda especie de materias combustibles, mientras que los demas buques no se cuidaron de nada; indolencia tanto mas imperdonable cuanto que habian tenido tiempo de sobra, al cabo de tres meses de estacion.

La tumultuosa llegada á la ciudad de los oficiales y marineros de nuestros buques, esparció por toda ella la noticia de





Tuve la pena de ver mi coleccion, mi fortuna y mis esperanzas  
reducidas á humo.



la desgracia que acabábamos de experimentar. Uno de mis amigos que ocupaba el puesto de fiscal, viendo que no llegaba en compañía de las tripulaciones trató de buscarme hasta inquirir mi paradero. Pocos días después de nuestra desgracia se presentó á mí, y por cierto que me arrepentí de haber perdido la confianza que me habia inspirado. Le participé mi parte de desventura en la comun desgracia, y la resolución de permanecer en casa del honrado Slaber hasta que recibiese noticias de mi familia, ocupándome en tanto en formar mis colecciones y mis estudios de historia natural. Mr. Boers me escuchó sin interrumpirme, y después me contestó con la buena fé y franqueza que mide al hombre por el hombre: «Sois mi recomendado, y este es el momento mas oportuno de corresponder á la confianza de mis amigos; mi casa, mi mesa, y cuanto necesiteis está á vuestra disposición; proseguid en vuestros proyectos sin esperar para ello las inciertas noticias de Europa.»

A pesar de todo decidí pasar aun quince días en Saldaña á fin de reparar, si era posible, una parte de las pérdidas que me habian ocasionado los ingleses; no sabia si tendria ocasion de volver á aquellos sitios funestos, y queria á lo menos hacerme con los objetos que no podia encontrar sino alli. Antes de la trágica historia de nuestros barcos habia comprado un caballo y tomado á mi servicio un hotentote que me guiaba á los sitios mas ocultos. El dueño de la casa en que me hospedaba y sus dos hijos me ayudaban en mis investigaciones.

Una tarde en que nos retiramos mas temprano que de costumbre, hallamos en la casa un hombre que nos aguardaba para solicitar nuestra cooperacion contra una pantera que rondaba las cercanías de su canton, y que periódicamente arrebatava alguna res de su redil. Su proposicion me agradó sobremanera y conviene alegremente en acompañarlo, contando con vengarme en esta cacería del susto que espermenté cazando en la bahía de Saldaña.

Al día siguiente nos reunimos hasta diez y ocho cazadores con casi igual número de perros, y ya en marcha supimos que durante la noche la pantera habia arrebatado un cordero. El terreno era muy llano, y sin mas accidentes que algunos matorrales esparcidos de trecho en trecho, los cuales era menester registrar con mucha precaucion.

Al cabo de una hora de pesquisas encontramos medio devorada la res que arrebató la pantera, y una vez seguros de la pista juzgamos que no debia estar lejos. En efecto, algunos instantes despues, los perros, que hasta entonces no habian hecho otra cosa que correr de un lado á otro, se reunieron y lanzaron á doscientos pasos de nosotros hácia un matorral, al que ladraban con todas sus fuerzas.

Salté del caballo, y despues de entregarle á mi hotentote me dirigí hácia el matorral para situarme sobre una eminencia á cincuenta pasos de él; pero volviendo la vista á mi derredor, observé que ninguno de mis compañeros conservaba tranquilo continente. Juan Slaber, uno de los hijos de mi patron, coloso de seis pies, se situó á mi lado, porque decia que no queria abandonarme, aunque fuera á riesgo de su vida. Sin embargo, los latidos de su corazon y la palidez de su rostro, dejaban traslucir que no contaba demasiado consigo mismo. Me advirtieron que en el caso de divisar la fiera no gritara *saa, saa*, sino estaba á campo raso y prevenido de toda sorpresa; porque esta palabra aunque escitaba los perros, escitaba á la fiera tambien á lanzarse sobre quien la proferia. Esta prevencion fué inútil; el animal, receloso de los perros, no se atrevia á salir, y los perros temerosos de ella no penetraban; mi perra era la única que animada por mis voces se mostraba á la cabeza de todos, y entraba mas en la espesura.

El tigre lanzaba aullidos terribles; por instantes esperaba su acometida, y los perros al menor movimiento retrocedian precipitadamente. Algunos disparos dirigidos al azar, determinaron por fin su brusca salida, y el aparecerse fué señal

Al de... en... y...

Al de... en... y...

Al de... en... y...

Al de... en... y...





Este era mi golpe de ensayo.... reconoci todos los caracteres de la pantera descritos por Buffon.